

ma como sentimos las de nuestro cuerpo, si nos interesara tanto nuestra salud eterna como una fortuna de barro ó como una salud frágil y perecedera, seríamos muy hábiles en el divino arte de la oracion, no nos quejariamos de que no se nos ofrece qué decir en la presencia de un Dios á quien tanto tenemos que pedir; no necesitaríamos de fatigar nuestro entendimiento para hallar asuntos de conversacion con el Señor; nuestros males hablarían por sí solos, nuestro corazon se desharia, aun á pesar nuestro, en santos afectos, como el de la madre de Samuel delante del arca del Señor. No seríamos dueños de nuestro dolor y de nuestras lágrimas, y la señal mas segura de que no tenemos fe y de que no nos conocemos á nosotros mismos es, que no sabemos qué decir al Señor en el corto tiempo de la oracion.

Y verdaderamente, católicos, ¿es posible que en la miserable condicion de esta vida humana, hallándonos rodeados por todas partes de tantos peligros, llenos de tantas flaquezas y á pique de ser engañados cada instante por los objetos de la vanidad, corrompidos por las ilusiones de los sentidos, arrastrados por la fuerza de los malos ejemplos, entregados á la tiranía de nuestras inclinaciones, al imperio de nuestra carne, á la inconstancia de nuestro corazon, á las desigualdades de nuestro entendimiento, á los caprichos de nuestra imaginacion, á las eternas variedades del génio, abatidos con las desgracias, ensoberbecidos con la prosperidad, entorpecidos con la abundancia, molestados con la necesidad, arrastrados de los abusos, consternados con los malos sucesos, lisonjeados con las alabanzas, enfurecidos con los desprecios, siempre indecisos entre nuestras pasiones y la obligacion, entre nosotros mismos y la ley de Dios; ¿es posible que en un estado tan deplorable no sepamos qué pedir al Señor ni qué decirle cuando vamos á

ponernos en su presencia? ¡Oh Dios mio! ¿cómo no haceis, ó que el hombre no sea tan miserable, ó que conozca mejor sus miserias?

Si me dijerais, amados oyentes míos, que no sabeis por dónde empezar en la oracion, si me dijerais que son infinitas vuestras necesidades, que son tantas vuestras pasiones y miserias, que nunca acabaríais si quisiérais exponerlas todas al Señor; si me dijerais que cuando mas registráis vuestro corazon mas llagas descubrís en él, y hallais en vosotros mas corrupcion y mas desorden, y que desesperando de poder contar al Señor las infinitas circunstancias de vuestras flaquezas, le presentais vuestro corazon todo entero, dejais á vuestros males que hablen por vosotros, y haceis que todo el arte de vuestra oracion consista en vuestro abatimiento, en vuestro silencio y vuestra confusion, y que por tener mucho que decirle no le decís cosa alguna; si hablarais de este modo hablaríais el idioma de la fe y el lenguaje de un rey penitente, que no atreviéndose á hablar á Dios en la oracion á vista de sus delitos, decia: Señor, yo he callado en vuestra presencia, pero mi abatimiento y confusion han hablado por mí: *Obmutui, et humiliatus sum.*¹ Y entonces con esta confusion y esta vergüenza se renovó el dolor de mis delitos: *Et dolor meus renovatus est.* Mi corazon, penetrado de mis ingratitudes y de vuestras misericordias, se sintió inflamado de un nuevo amor á vos: *Concaluit cor meum intra me, in meditatione mea exardescet ignis.*² Lo mas que pude deciros, ¡oh Dios mio! en el profundo abatimiento con que me tenia en vuestra presencia la vista de mis miserias, fué que todo hom-

¹ Psalm. 38. v. 3.

² Ibid. 4.

bre no es mas que un abismo de flaqueza, de corrupcion, de vanidad y de mentira: *Locutus sum in lingua mea: Verumtamen universæ vanitas, omnis homo vivens.*¹ Este es el silencio de compuncion que forma en la presencia divina la verdadera oracion.

¿Pero quién puede quejarse, amados oyentes míos, de que no tiene qué decir cuando quiere orar? ¿pues qué! ¿vuestros pasados delitos, no os representan qué temer de los juicios de Dios ó qué esperar de su misericordia, cuando os poneis en su presencia? Acaso toda vuestra vida ha sido un abismo de desórdenes, acaso habeis abusado de todo, de la gracia, de vuestros talentos, de vuestra razon, de vuestros bienes, de vuestras dignidades y de todas las criaturas; acaso habeis pasado la mejor parte de vuestra vida en el olvido de Dios, en el desórden del mundo y de las pasiones; habeis envilecido vuestro corazon con unas amistades injustas, manchado vuestro cuerpo, empleado mal vuestros sentidos, desarreglado vuestra imaginacion, debilitado vuestros talentos y aun extinguido el bien que en vuestra alma habian puesto unas inclinaciones naturales; ¿y es posible que esta memoria no os ofrece nada en la presencia de Dios? ¿no os inspira cómo debeis recurrir á él para alcanzar el perdon de tantos delitos? ¿y no teneis qué decir á un Dios á quien tanto tiempo habeis ultrajado? ¡Oh hombre! es preciso, ó que no tenga remedio tu salvacion, ó que tengas otros medios para conseguirla mas que el de la clemencia y misericordia divina.

Pero paso mas adelante, amados oyentes míos; si haceis una vida cristiana, si habiendo renunciado al mundo y á los placeres habeis por último entrado en los caminos de

1 Ibid. 5. et 7.

la salvacion, aun sois mas injustos si os quejais de que no hallais qué decir al Señor en vuestras oraciones. ¿Es posible que el singular favor que os hizo en abriros los ojos, en desengañaros del mundo, en sacaros de lo profundo del abismo, un beneficio tan raro negado á tantos pecadores, no ha de formar en vuestro corazon, cuando estais á sus piés, algunos deseos de agradecimiento? ¿puede esta memoria dejaros frios é insensibles? ¿no ha de despertar afecto alguno de amor en vosotros la presencia de vuestro bienhechor, cuando por otra parte os preciais de no haber olvidado jamás un beneficio, y ponderais tanto lo afectuoso y excesivo de vuestra gratitud para con las criaturas?

Por otra parte, si aun sentís aquellas infinitas inclinaciones, que no obstante vuestra mudanza de vida se oponen en vosotros á la ley de Dios, aquel trabajo que todavía experimentábais en obrar bien, aquella fatal inclinacion que hallais dentro de vosotros á ejecutar el mal, aquellos deseos de una virtud mas perfecta que se quedan siempre sin efecto, aquellas resoluciones que siempre os hallan infieles, aquellas ocasiones en que siempre os hallais los mismos, aquellas obligaciones en que vuestro corazon halla siempre la misma repugnancia. En una palabra, si conoceis aquel inagotable caudal de corrupcion y flaqueza que conservais aun despues de vuestra conversion y que tantas veces asusta vuestra virtud, no solamente tendreis de qué hablar al Señor en la oracion, sino que toda vuestra vida será una oracion continua. Todos los peligros que amenazan á vuestra flaqueza, todos los sucesos que hagan temblar vuestra fe, todos los objetos que renueven las antiguas heridas de vuestro corazon, todos los secretos movimientos que os avisen que el hombre de pecado vive todavía dentro de vosotros, os harán que dirijais vuestros interiores suspi-

ros á Aquel de quien esperais la libertad; orareis en todas partes, como dice el apóstol; todo os llamará á Dios, porque en todas partes háreis reflexiones cristianas sobre vosotros mismos. Por otra parte, amados oyentes míos, aun cuando vuestras propias miserias no pudieran llenar el vacío de vuestras oraciones, acordaos en ellas de los males de la Iglesia, de la disension de los pastores, del espíritu de cisma y rebelion que parece se forma en el santuario; de la relajacion de los fieles, de la depravacion de las costumbres, de los funestos progresos de la incredulidad y de la extincion de la fe entre los hombres; llorad los escándalos de que todos los dias sois testigos, quejaos al Señor, como el profeta, de que todos le han abandonado, que cada uno busca sus propios intereses, que la misma sal de la tierra se ha vuelto insípida, y que aun la devocion se ha hecho comercio. Pedid al Señor la consumacion de sus escogidos y el cumplimiento de sus fines para con su Iglesia, que la dé príncipes religiosos, pastores fieles, doctores humildes é ilustrados, directores instruidos y desinteresados, solitarios fervorosos, vírgenes puras y santas; pedid la paz de las iglesias, la extirpacion de los errores, la conversion de los pueblos engañados con el espíritu de la herejía, que en lugar de la religion de sus padres han abrazado nuevas doctrinas.

¿Qué mas diré? pedidle la conversion de vuestros parientes, de vuestros amigos, de vuestros enemigos, de vuestros protectores y de vuestros señores; la conversion de aquellas almas á quienes vosotros mismos habeis servido de motivo de ruina y de escándalo; de aquellas á quienes apartásteis en otro tiempo de la piedad con vuestras burlas y censuras, de aquellas que acaso deben su irreligion y su libertinaje á la impiedad de vuestros pasados discursos, de aquellas

cuya virtud ó flaqueza pervertísteis ó engañásteis con vuestros malos ejemplos ó con vuestras sollicitaciones. ¿Es posible que unos objetos tan grandes, tan funestos y de tanto interés no han de poder excitar por un instante la atencion en vuestra alma, ó alguna sensibilidad en vuestro corazon? Todo cuanto os rodea os enseña á orar, todos los objetos, todos los sucesos que veis al rededor de vosotros os proporcionan nuevas ocasiones de levantar vuestro espíritu á Dios. El mundo, el retiro, la corte, la ciudad, los justos, los pecadores, los sucesos públicos y particulares, la desgracia de unos y la prosperidad de otros, y todo cuanto se presenta á vuestra vista, os da motivo de gemir, de orar y de agradecer; todo sirve de instruccion á vuestra fe, todo excita vuestro celo, todo contrista vuestra piedad, todo avisa á vuestro agradecimiento. Y entre tantos motivos para orar, ¿no sabeis en qué emplear un instante de oracion? ¿y cercados de tantas ocasiones para levantar vuestro espíritu á Dios, no hallais qué decirle cuando os poneis en su presencia? ¡Ah! católicos, qué lejos está Dios del corazon que tanto repugna el conversar con el, y qué poco se ama á un superior y á un amigo á quien no hallamos nada que decir!

Y esta es la última y principal razon de que seamos tan inhábiles para orar. No sabemos orar ni hablar con nuestro Dios porque no le amamos. El corazon que ama sabe muy bien lo que ha de hacer para hablar y granjearse la atencion del objeto amado, y no se detiene mucho en pensar lo que le ha de decir, ni aun puede decirle todo lo que siente. Ordenemos, pues, católicos, nuestro corazon, pongamos en él á Dios en el lugar del mundo, y entonces no se hallará como extraño en la presencia de Dios; el desorden de nuestros afectos es únicamente el que nos imposibilita para orar; no sabemos pedir los bienes eternos porque no

los amamos; no sabemos meditar en las verdades porque no nos gustan; no sabemos qué decir á Dios porque casi no le conocemos; ignoramos cómo hemos de pedir las gracias que no deseamos; no sabemos instar para obtener la libertad de las pasiones porque no las aborrecemos; en una palabra, la oracion es el idioma del amor, y no sabemos orar porque no sabemos amar.

Pero acaso, me direis, ¿depende de nosotros el tener gusto para la oracion? ¿y cómo hemos de orar cuando nos hallemos con unos disgustos y unas distracciones de espíritu de que no somos dueños y que nos hacen insufrible la oracion? Segundo pretexto sacado de los disgustos y dificultades de la oracion.

SEGUNDA PARTE.

• Uno de los mayores desórdenes del pecado es sin duda aquella repugnancia y natural disgusto que tenemos á la oracion; el hombre en el estado de la inocencia hubiera tenido todas sus delicias en conversar con su Dios, todas las criaturas serian para él un libro abierto en que continuamente meditaria sus obras y maravillas, sus sentidos estarian sujetos á su razon, y nunca podrian distraerle contra su voluntad de la dulzura y suavidad de su divina presencia; toda su vida hubiera sido una continua contemplacion de la verdad, y la felicidad de su inocencia hubiera consistido en que el Señor se le estaria continuamente comunicando, y él nunca le perderia de vista.

Es preciso, pues, que el hombre esté muy corrompido y que el pecado nos haya mudado extraordinariamente, pues nos ha convertido en trabajo lo que debiera ser nuestra felicidad. Es verdad, ¡ojalá no lo fuera! que casi todos nos-

otros tenemos en lo profundo de nuestra naturaleza este disgusto y esta repugnancia á la oracion, y que este es el pretexto mas comun que oponemos al cumplimiento de una obligacion tan esencial á la piedad cristiana. Aun las mismas personas á quienes la práctica de la virtud debiera hacer mas suave y familiar el uso de la oracion, se quejan todos los dias de los continuos disgustos y distracciones que padecen en este santo ejercicio, de modo que le miran como una obligacion onerosa ó como una molestia inútil; procuran abreviar los instantes, y cuando ven acabarse este tiempo molesto y repugnante, les parece que se han libertado de un pesado yugo.

Pero yo digo que no hay cosa mas injusta que el apartarse de la oracion por causa de los disgustos y distracciones de espíritu, que nos la hacen penosa y desagradable, porque estos disgustos y estas distracciones nacen ó de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades, ó del poco uso que hacemos de la oracion, ó finalmente, de la misma sabiduría de Dios que nos prueba y quiere purificar nuestros corazones, negándonos por algun tiempo los consuelos sensibles de la oracion.

Sí, católicos, la primera y mas comun raiz de los disgustos y sequedades de nuestras oraciones es la tibieza y la infidelidad de nuestra vida. Verdaderamente es injusticia el querer ir á la oracion con un espíritu sereno y tranquilo, con una imaginacion sosegada y libre de todas las vanas fantasmas que la agitan, con un corazon movido y dispuesto á gustar de la presencia de su Dios, cuando toda nuestra vida, aunque parezca virtuosa á los ojos de los hombres, es una distraccion continua, cuando vivimos en medio de unos objetos los mas á propósito para alterar la imaginacion y para hacer en nosotros unas vivas impresio-

nes que nunca se borren. En una palabra, cuando conservamos en nuestro corazon mil injustas aficiones que no nos parecen del todo culpables, pero nos perturban, nos dividen, nos ocupan y entibian en nosotros, ó nos quitan del todo el gusto de Dios y de las cosas eternas.

¡Ah, católicos! si las almas mas retiradas y mas santas, si los solitarios penitentes, si un Antonio en lo mas retirado de los desiertos, si un Gerónimo extenuado con continuas maceraciones y con trabajosos estudios, si un Benito purificado con un largo retiro y con una vida absolutamente celestial, hallaban solamente en la memoria de sus pasadas costumbres imágenes molestas que hasta en lo mas retirado de sus soledades turbaban la dulzura y tranquilidad de su oracion, ¿cómo hemos de querer nosotros que en una vida que aun cuando sea regular toda está llena de iniquidades, de ocasiones que nos arrastran, de objetos que nos distraen, de tentaciones que nos turban, de conversaciones que nos inquietan, de deleites que nos lisonjean, de temores ó esperanzas que nos agitan; ¿cómo hemos de querer hallarnos repentinamente en la oracion unos nuevos hombres, purificados de todas aquellas imágenes que poco antes mancharon nuestro espíritu, libres de todas aquellas aficiones que acababan de dividir, y acaso corromper nuestro corazon, tranquilos y sin aquellas agitaciones que acaban de hacer tan violentas y peligrosas impresiones en nuestra alma, y que olvidándonos por un instante de todo el mundo y de todos los vanos objetos que acabamos de dejar, cuando todavía los llevamos en la memoria y en el corazon, nos hallemos repentinamente elevados en la presencia de Dios á la meditacion de las cosas celestiales, penetrados del amor de los bienes eternos, llenos de compuncion por las infinitas infidelidades que aun amamos, y con

una tranquilidad de espíritu y de corazon que algunas veces no se logra ni aun en medio del mas profundo retiro y del mas riguroso desasimiento? ¡Ah, católicos! ¿qué injustos somos y cómo algun dia las quejas que continuamente damos contra las obligaciones de la devocion, se volverán en terribles cargos contra nosotros mismos!

Quiero profundizar mas esta verdad y circunstanciarla de modo que se os haga mas patente. Os quejais primeramente de que vuestra imaginacion, que es incapaz de estar un instante atenta en la oracion, se distrae continuamente en ella y huye contra vuestra voluntad. ¿Pero cómo quereis que esté atenta y recogida, si todo lo que haceis la distrae y la disipa, si en ninguna de las acciones de vuestra vida os acordais de vosotros mismos, y si no os acostumbrais á aquel recogimiento interior y á aquella vida de fe, que aun entre las distracciones del mundo halla motivos de sanas reflexiones? Para que el espíritu esté recogido en la oracion, es necesario ir á ella con recogimiento, es necesario que el mismo comercio de los pecadores, cuando estamos precisados á vivir con ellos, la vista de sus pasiones, de sus inquietudes, de sus temores, de sus esperanzas, de sus alegrías, de sus pesares y de su miseria, ofrezcan á nuestra fe motivos de pensar en Dios, y reflexiones que nos dispongan para el recogimiento y tranquilidad de la oracion. Entonces, aun en el mismo tiempo de salir del mundo y de las conversaciones mundanas, á las que solamente os habrá llevado la obligacion, no os costará trabajo el recogeros en la presencia de Dios y olvidar á sus piés las vanas agitaciones de que acabais de ser testigos: al contrario, las reflexiones de fe que allí habreis conservado, la ceguedad de los mundanos que habreis llorado allí en secreto, os hará hallar nuevos consuelos á los piés de Jesucris-